

seguida por el deseo de hacer el bien de la humanidad.

El deseo de obtener la gratitud del género humano era su arrebató, la filantropía su pararrayos. (*Vehementes muestras de aprobación*). El había sentido orgullo, él lo confesaba francamente (y que sus enemigos se apoderen de este argumento si quieren); él había sentido orgullo cuando presentó al mundo la teoría de los sapos. Esta teoría podía ser célebre ó no serlo. (*Una voz dijo: Lo es. Grandes aplausos*). El aceptaba la aserción del honorable pickwickiano, cuya voz había sonado. Su teoría era célebre. Pero la fama de aquel estudio debía extenderse á los últimos límites del mundo conocido, y el gozo que sentiría por tal motivo su autor no sería tan grande como el que experimentaba en aquel momento, el más glorioso de su existencia (*Aclamaciones*).

»Dijo que él era un individuo muy humilde (*No, no*); sin embargo, había sido elegido por la Asociación para un servicio de la mayor importancia, y que ofrecía grandes peligros, precisamente en aquel tiempo, en que reinaba el desorden en los caminos y estaban desmoralizados los cocheros. Mirad al continente y contemplad las escenas que pasan en todas las naciones. Vuelcan las diligencias por todas partes, se desbocan los caballos, estallan las calderas (*Aplausos. Una voz grita: ¡No!*) ¡No! (*Aplausos*). Que el honorable pickwickiano que ha proferido semejante palabra se levante y me desmienta, si se atreve. Quién es el que ha dicho *no*? (*Frenéticas aclamaciones*). Tal vez el amor propio herido de un hombre... (*Vivos aplausos*) que, celoso de las alabanzas que se han hecho, tal vez sin justicia, á las investigaciones del orador, y excitado por las censuras con que se ha confundido á los miserables, tentativas de la envidia, adopta ahora esos medios indignos y calumniosos.

»Mr. Blotton se levanta para peair que se llame al orden. ¿Hacia alusión á él el honorable pickwickiano? (*Gritos de ¡al orden!... ¡Sí!... ¡No!... ¡Continuad!... ¡Basta!*)

»Mister Pickwick no se deja intimidar por clamores. Hace alusión al honorable caballero. (*Viva sensación*).

»En este caso Mr. Blotton no tiene más que decir. Rechaza con profundo desprecio la acusación del honorable caballero, como falsa y difamatoria (*Grandes aplausos*). El honorable caballero es un hablador. (*Inmensa confusión. Fuertes gritos de ¡al orden! ¡al orden!*).

Mr. Snodgrass se levanta para llamar al orden. Llama al presidente (*Atención*). Pregunta si no se cortará aquel vergonzoso debate entre dos socios. (*¡Atención! ¡atención!*).

»El presidente se convence de que el honorable pickwickiano retirará la expresión que había empleado.

»Mr. Blotton, con todo el respeto posible al presidente, afirma que no se retirará nada.

»El presidente considera como un deber imperativo preguntar al honorable caballero si ha empleado la expresión que acaba de escapársele en el sentido que se le da comunmente.

»Mr. Blutton no vacila en decir que no, y que él no ha empleado la palabra en el sentido pickwickiano. (*¡Atención! ¡atención!*). Se ve obligado á reconocer que personalmente estima mucho al honorable presidente. No le ha llamado hablador sino bajo un punto de vista puramente pickwickiano. (*¡Atención! ¡Atención!*).

»Mr. Pickwick declara que está completamente satisfecho de la explicación noble y cándida de su honorable amigo. Insiste en que se comprenda bien que sus observaciones no debían tomarse sino también en un sentido puramente pickwickiano. (*Aplausos*).

Aquí concluyó el acta, y en efecto, el debate no pudo continuar, porque se había llegado á una conclusión tan satisfactoria y tan clara. No tenemos autoridad oficial para los sucesos que el lector encontrará en el capítulo siguiente; pero han sido recogidos de cartas y otros documentos manuscritos, cuya autenticidad no se puede poner en duda.

CAPITULO II

El primer día de viaje y la primera noche de aventuras, con sus consecuencias

Apenas el sol, puntual sirviente de todo el universo, apareció en el horizonte iluminando la mañana del 13 de mayo de 1827, cuando Mr. Samuel Pickwick surgiendo como otro sol de las sábanas de su lecho, se levantó, abrió la ventana de su alcoba, y miró el mundo que se agitaba bajo sus pies. Veía la calle Gosswell, á la derecha, á la izquierda la calle de Goswell, á sus pies la calle de Goswell, y tan lejos como alcanzase la mirada, no se divisaba más que la calle de Gosswell. «Así, pensó Samuel Pickwick, son las miras estrechas de los filósofos que, satisfechos con mirar la parte exterior de las cosas, no procuran estudiar los misterios que ellas se esconden. Siendo como ellos, me contentaría yo

con mirar siempre á la calle de Gosswell, sin hacer ningún esfuerzo para penetrar en los países desconocidos que la rodean.»

En cuanto emitió este sublime pensamiento, Mr. Pickwick se ocupó en vestirse y en arreglar su equipaje. Los grandes hombres son rara vez muy escrupulosos en su vestido; así es que se afeitó, se peinó y almorzó en muy poco tiempo.

Una hora después, Mr. Pickwick llegaba al puesto de coches de San Martín el Grande, llevando su saco de noche bajo el brazo, su telescopio en el bolsillo de su redingot y en el de la levita su libro de memorias, siempre pronto á recibir los descubrimientos notables.

—¡Cochero! — exclamó Mr. Pickwick.

—Aquí estoy, señor — respondió un extraño ejemplar de la familia humana, que con su delantal de tela y su placa de cobre numerada parecía estar clasificado en una colección de objetos raros. — Aquí estoy, señor, ¡al coche, al coche!

El cochero salió de la taberna en que fumaba su pipa, y en un momento subió al coche.

—Golden Cross — dijo Mr. Pickwick.

—No es más que una maldita carrera de un shelling, Tomás — gritó el cochero en tono de mal humor.

El coche partió.

—¿Qué edad tiene este animal? — preguntó mister Pickwick, frotándose la nariz con el shelling que tenía pronto para pagar la carrera.

—Cuarenta y dos años — replicó el cochero, después de haber mirado de reojo á Mr. Pickwick.

—¿Cómo? — exclamó el hombre ilustre sacando su cartera.

El cochero repitió lo que había dicho. Mr. Pickwick le miró fijamente, pero no describió ninguna vacilación en su rostro, y anotó el hecho inmediatamente.

—¿Y cuánto tiempo está fuera de la cuadra? — continuó Mr. Pickwick, procurando adquirir como siempre algunas noticias útiles.

—Dos ó tres semanas.

—¡Dos ó tres semanas fuera de la cuadra! — dijo el filósofo lleno de admiración, y sacó de nuevo su cartera.

—Las cuadras — respondió friamente el cochero — están en Pontonville, pero el animal entra en ellas pocas veces, á causa de su debilidad.

—¿A causa de su debilidad? — repitió Mr. Pickwick con perplejidad.

—Se cae siempre que lo quitan del coche. Pero, por el contrario, cuando está bien enganchado, tenemos las riendas tirantes y no puede caerse. Tenemos un par de

magníficas ruedas; así es que por poco que él tire las ruedas van delante y le obligan á marchar. No puede hacer otra cosa el animal.

Mr. Pickwick escribió todas las palabras de este relato, para dar cuenta de ellas al club, como una prueba singular de la longevidad de los caballos en las circunstancias más difíciles. Apenas acababa de escribir, cuando el coche se detuvo en Golden-Cross. En seguida el cochero saltó al suelo, Mr. Pickwick bajó con dificultad, y los señores Tupman, Snodgrass y Winkle, que esperaban con ansiedad la llegada de su ilustre jefe, se acercaron para felicitarle.

—Tomad, cochero — dijo Pickwick, dando el suelting su conductor.

¡Pero cuál fué la admiración del sabio cuando vió que aquel hombre inconcebible, arrojando el dinero al suelo, declaraba en lenguaje figurado que no apetecía otra paga que el placer de luchar un poco al puñetazo con Mr. Pickwick!

—¿Estáis loco? — dijo Snodgrass.

—Borracho — exclamó Winkle.

—Las dos cosas — añadió Tupman.

—Acercaos — dijo el cochero lanzando al espacio una multitud de golpes preparatorios. — Acercaos los cuatro.

—¡Buena la han armado! — exclamaron media docena de cocheros que por allí había. — Veamos esto, Juan.

Y se formaron en círculo para ver la lucha con gran satisfacción.

—¿Qué hay, Juan? — preguntó un caballero que llevaba mangas de percal.

—¿Qué qué hay? — preguntó el cochero; — este viejo ha tomado mi número.

—Yo no he tomado vuestro número — dijo Mr. Pickwick con tono indignado.

—¿Creéis, señores — continuó el cochero, dirigiéndose á la muchedumbre, — creeréis que este esperpento subió en mi coche, tomó mi número y apuntó en un libro cuantas palabras yo decía?

El libro de memorias iluminó como un rayo de luz la mente de Pickwick.

—¿Conque ha hecho eso? — dijo otro cochero.

—Sí, lo ha hecho. Después de haberme inducido á atacarle por sus vejaciones, aparecen aquí tres testigos para declarar contra mí. Pero me la pagará, aunque supiera que había de tener para seis meses... Acercaos.

Y en un momento de exasperación y soberbio desdén por sus propios objetos el cochero lanzó su sombrero sobre el empedrado, hizo saltar los espejuelos de Mr. Pickwick y le dirigió un puñetazo en las narices, otro

en el pecho, un tercero en el ojo de Mr. Snodgrass, un cuarto, por variar, en el chaleco de Mr. Tupman; después se lanzó de un salto en medio de la calle, volvió á la acera, y finalmente, arrebató á Mr. Winkle el poco aire respirable que encerraban momentáneamente sus pulmones. Todo esto fué hecho en diez segundos.

—¿No hay por ahí un policía? — dijo Snodgrass.

—Arregladlos bien — dijo un vendedor de pasteles calientes.

—Ya me la pagaréis — dijo Mr. Pickwick respirando con dificultad.

—Acercaos — balbuceó el cochero, que continuaba dando golpes en el espacio.

Hasta entonces el populacho había contemplado pasivamente la escena; pero el rumor de que los pickwickianos eran soplones de la policía corrió de grupo en grupo, y entonces la concurrencia comenzó á discutir con mucho calor si convenia seguir la proposición del vendedor de pasteles. No puede decirse á qué extremo hubiera llegado si no se hubiera terminado la disputa con la llegada de un nuevo personaje.

—¿Qué hay aquí? — preguntó un joven muy delgado, vestido de verde, que salía de las oficinas de coches.

—¡Soplones! — vociferaba la multitud.

—¡Es falso! — exclamó Mr. Pickwick con un acento que debía convencer á todo el auditorio exento de preocupaciones.

—¿Es cierto? ¿es cierto? — preguntó el joven, abriéndose paso entre la multitud por el infalible procedimiento que consiste en codear á derecha é izquierda.

Mr. Pickwick le explicó en frases precipitadas la verdad del caso.

Si es así, venid conmigo — dijo el del vestido verde llevando tras de sí al hombre ilustre y hablando con él por el camino; — Número 924 — dijo llamando al cochero, — cobrad el precio de la carrera y marchaos. Respetable caballero, yo respondo de él, basta de tontearias. Por aquí, caballero. ¿Dónde están vuestros amigos?... Ha sido un error, por lo que veo. No importa, un incidente... eso le pasa á cualquiera. Valor, no se muere por eso. Es preciso oponer la energía del corazón á los malos golpes de la suerte. Citadle ante el comisario; ¡bribones!

Y profiriendo con una volubilidad extraordinaria una sarta de sentencias por el estilo, el desconocido introdujo á Mr. Pickwick y á sus compañeros en la sala de descanso de los viajeros.

—¡Mozo! — gritó el desconocido tirando de la campanilla con una violencia formidable; — traed de beber á esta gente ponche caliente con mucho azúcar. Tenéis

el ojo destrozado, caballero. Mozo, un bisteck crudo para el ojo de este señor. ¡Es ocurrencia estarse media hora en la calle apoyando el ojo en un candelabro de gas!

Y el desconocido, sin detenerse á tomar aliento, se bebió de un sorbo media pinta de ponche caliente, y después se sentó sobre una silla con tanto desenfado como si nada hubiera sucedido.

Mr. Pickwick tuvo ocasión de observar el traje y la apostura de aquel hombre, mientras sus tres compañeros se ocupaban en darle las gracias.

Era un hombre de mediana estatura, pero como tenía el cuerpo muy pequeño y las piernas muy largas, parecia mucho mayor de lo que era realmente. Su traje habia sido muy elegante en los buenos tiempos del frac de cola de atún. Desgraciadamente en aquellos tiempos habia sido hecho para un cuerpo mucho más pequeño que el del desconocido, porque las mangas sucias y ajadas le llegaban con mucho trabajo á los puños. Sin consideraciones á la respetable edad de esta casaca, él la habia abotonado hasta la barba, con inminente peligro de descosérsela por la espalda. Su cuello estaba decorado con un viejo corbatín negro, pero no se veían ni vestigios de cuello de camisa. Su estrecho pantalón manifestaba de trecho en trecho manchas brillantes que indicaban largos servicios; estaba fuertemente estirado por unas trabillas que se enganchaban en unos zapatos llenos de remiendos, á fin de ocultar sin duda las medias, en otro tiempo blancas, que asomaban un poco á pesar de aquellas precauciones inútiles. Bajo su sombrero y á cada lado de sus anchas alas retorcidas caían en mechones mal peinados los largos cabellos del personaje, y se entreveía la carne de sus puños por entre sus guantes y las mangas de su levita. Finalmente, su cara era flaca y pálida, y en toda su persona reinaba un aire de impudencia locuaz y de aplomo imperturbable.

Tal era el individuo que Mr. Pickwick examinaba al través de sus anteojos (felizmente encontrados), y al cual dió en términos corteses las gracias, después que los tres compañeros le hubieran manifestado también su gratitud.

—No hablemos de eso — dijo el desconocido, dando punto final á los cumplimientos. — ¡Qué bribón de cochero! Tiraba bien al puñetazo; pero si yo hubiera sido vuestro amigo, el del traje de caza, ¡vive Dios! yo le hubiera roto la cabeza al cochero y al pastelero también.

Este vehemente discurso fué interrumpido por el cochero de Rochester, que anunció que el Comodoro iba á partir.

—¡Comodoro! — dijo el desconocido levantándose. — Mi coche, asiento reservado, asiento de imperial. Pagad

el ponche y el agua. Yo tendría que cambiar un billete de cien libras; circulan muchas monedas falsas, monedas de Birmingham; mucho cuidado.

Y sacudió la cabeza con aire malicioso.

Mr. Pickwick y sus tres compañeros habían resuelto hacer su primera parada en Rochester. Dijeron con mucha complacencia al desconocido que ellos seguían el mismo camino, y convinieron en ocupar la rotonda del coche, donde podrían colocarse los cinco.

—Vamos al coche — dijo el desconocido ayudando á Mr. Pickwick á subir, con una precipitación que no era frecuente en la ordinaria gravedad de aquel filósofo.

—¿No hay equipajes? — dijo el cochero.

—¿Quién, yo? — dijo el desconocido. — Un paquete de papel gris... lo demás lo he mandado por mar... grandes cajas clavadas... grandes como casas... pesadas... pesadas... enormemente pesadas.

Y metió en su bolsillo lo más que pudo el paquete de papel gris que, á juzgar por las apariencias, debía contener una camisa y un pañuelo.

—Cuidado con las cabezas — dijo el desconocido cuando pasaron bajo la bóveda, por la cual entraban y salían los coches... — terrible sitio... muy peligroso... el otro día, cinco niños... una madre, olvidaron la bóveda... ¡crac! los niños se volvieron, la cabeza de la madre arrancada... el jefe de la familia no existía... ¡horrible!... ¡horrible! ¿Miráis á Whitehall, caballero? Bello palacio... pequeña ventana... una cabeza cayó allí. ¡Eh! tampoco él tuvo cuidado... ¿eh?

—Yo meditaba — dijo Pickwick — sobre la extraña volubilidad de las cosas del mundo.

—Ya adivino; se entra por la puerta del palacio un día... se sale por la ventana al día siguiente. ¿Sois filósofo, caballero?

—Observador de la naturaleza humana.

—Yo también, como la mayor parte de los hombres cuando tienen poco que hacer y menos que ganar. ¿Sois poeta, caballero?

—Mi amigo, Mr. Snodgrass, tiene una disposición poética muy pronunciada — respondió Pickwick.

—Yo también — dijo el desconocido... — poema épico... diez mil versos... revolución de Julio... compuesta sobre el terreno... Marte de día... Apolo de noche... descargando el fusil... pulsando la lira.

—¿Estabais presente en aquella gloriosa escena? — preguntó Snodgrass.

—¿Presente? un poco... yo pienso un verso... entro en una taberna y lo escribo... vuelvo á la calle... ¡puf, pan!... otra idea... vuelvo á la taberna; pluma y papel... en la calle estocadas, golpes... buen tiempo, caballero.

¿Sois cazador? — dijo volviéndose bruscamente hacia Mr. Winkle.

—Un poco — replicó éste.

—¡Buena ocupación! ¿Tenéis perros?

—En este momento, no.

—¡Ah! Debierais tener. ¡Noble animal, criatura inteligente!... Yo tenía uno... perro de presa... instinto sorprendente... Yo cazaba un día... entro en un soto... silbo... perro inmóvil. Silbo más... inútil... lo llamo... ¡Ponto, Ponto! No se movía. Perro petrificado delante de un cartel... una inscripción que decía: *Los guardas tienen orden de matar todos los perros que se encuentran en este coto*. El perro no quería avanzar. ¡Perro maravilloso!... ¡Famoso animal! ¡Oh, famoso!

—¡Singular circunstancia! — dijo Mr. Pickwick — ¿Queréis permitirme que tome nota?

—¡Oh! sí, señor, sí, señor... ¡Cien anécdotas del mismo animal!...

Y advirtiendo que Mr. Tracy Tupman dirigía miradas pickwickianas á una joven que pasaba por el camino, dijo el desconocido:

—¡Linda muchacha! caballero.

—¡Muy linda! — respondió Tupman.

—Las inglesas no valen lo que las españolas; ¡bellas criaturas!... ¡cabellos de ébano!... ¡ojos negros!... ¡formas seductoras!... ¡dulces criaturas, divinas!

—¿Habéis estado en España, caballero? — preguntó Tupman.

—Allí he vivido siglos.

—¿Habéis hecho muchas conquistas?

—¿Conquistas? A millones. Don Bolaro Fizzgig, grande de España... hija única... Doña Cristina, ¡soberbia criatura!... me amaba locamente... Padre celoso... hija apasionada... inglés hermoso... Doña Cristina desesperada... ácido prúsico... bomba estomacal... Yo practico la operación... viejo Bolaro en éxtasis... consiente en nuestra boda... une nuestras manos... arroyos de lágrimas... Historia romántica, muy romántica.

—¿Esa señora está ahora en Inglaterra? — dijo Tupman, en quien la descripción de tales encantos había hecho una viva impresión.

—¡Muerta, caballero, muerta! — respondió el desconocido, aplicando á su ojo los tristes restos de un pañuelo de batista. — No se cura nunca con la bomba estomacal... Constitución destruida... víctima de amor.

—¿Y el padre? — preguntó el poético Snodgrass.

—Lleno de remordimientos... desesperación súbita... comentaristas en toda la ciudad. Buscan por todas partes... Surtidor de la fuente pública se detiene súbitamente... pasa el tiempo... no sale el agua... los obreros

trabajan... Mi suegro en la cañería... lo sacan... vuelve á correr la fuente.

—¿Me permitís que escriba sobre eso una novela?— dijo Snodgrass profundamente afectado.

—¡Oh! sí, señor, sí, señor. Cincuenta tengo á vuestro servicio... Extraña historia es la mía... no extraordinaria, sino curiosa.

Durante todo el viaje continuó el desconocido hablando de esta manera, sin interrumpirse más que para tomar un sorbo de cerveza, á guisa de puntuación. Cuando el coche llegó al puente de Rochester, los cuadernillos de memorias de Mr. Pickwick y Mr. Snodgrass estaban llenos de aventuras.

Cuando se pudo ver el viejo castillo, Mr. Augusto Snodgrass exclamó con el fervor poético que le distinguía:

—¡Qué magníficas ruinas!

—¡Qué estudio para un anticuario! — dijo Mr. Pickwick, mientras aplicaba á su ojo el catalejo.

—¡Ah! magnífico sitio — respondió el desconocido.

—Soberbia masa... sombrías murallas, arcos atrevidos, escaleras retorcidas... vieja catedral, olor de tierra, escalones gastados de los pies de los peregrinos... puertas sajonas... confesonarios como las garitas de los que cobran el dinero en los teatros... ¡qué pícara gente eran los frailes!... tesoreros... casas rojas... narices corvas... hábitos de búfalo... arcabuces de mecha... sarcófagos... Bello sitio, viejas leyendas, historias curiosas.

Y continuó su soliloquio hasta el momento en que el coche se detuvo en la gran calle, delante de la posada de *Toro*.

—¿Os quedáis aquí, caballero? — le preguntó Nathaniel Winkle.

—¿Aquí? No, caballero. Vosotros hacéis bien en quedaros. Buena casa... camas limpias... El hotel Waight al lado... muy caro... media corona más sobre la cuenta, si miráis solamente al mozo... más caro si coméis fuera que comiendo en el hotel... gente pícara.

Mr. Winkle se acercó á Mr. Pickwick y le dijo algunas palabras al oído. Un cuchicheo pasó de Mr. Pickwick á Mr. Snodgrass, y de éste á Mr. Tupman, y cuando hubieron cambiado algunos signos de asentimiento, Mr. Pickwick se dirigió al desconocido y le dijo:

—Caballero, esta mañana nos habéis hecho un importante servicio. Permitid que os ofrezcamos una ligera muestra de nuestra gratitud, rogándoos que nos hagáis el honor de comer con nosotros.

—Con mucho gusto... Aves asadas con hongos... ceca buena... ¿á qué hora?

—Veamos — respondió Mr. Pickwick sacando su re-

loj. — Ahora son las tres. A las cinco comeremos, si os parece.

—Muy buena hora... A las cinco en punto.

Así habló el desconocido, y levantando algunas pulgadas su sombrero de alas retorcidas, lo echó negligentemente sobre una oreja, atravesó el patio con aire resuelto, y volvió á la calle, teniendo siempre fuera del bolsillo el paquete de papel gris.

—Es sin duda un gran viajero que recorrido apartados climas, y un profundo observador de los i ombres y de las cosas — dijo Mr. Pickwick.

—Quisiera ver su poema, — dijo Mr. Snodgrass.

—Y yo quisiera ver su perro, — dijo Winkle.

Mr. Tupman no habló, pero pensó en doña Cristina, en el ácido prúsico, en la fuente, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Después de haber tomado para sí un comedor particular, después de haber examinado los lechos y pedido la comida, los viajeros salieron para ver la ciudad y sus alrededores.

Hemos leído cuidadosamente las notas de Mr. Pickwick, relativas á las cuatro ciudades de Stroud, Rochester, Chatam y Brompton, y no hemos encontrado que difieran su opiniones materialmente de las de los demás sabios que han visitado los mismos sitios. Se puede resumir su descripción en lo siguiente.

Los principales productos de la ciudad parecían consistir en soldados, marineros, judíos, yeso, langostas, oficiales y empleados de marina. Las principales mercancías expuestas en la calle son caramelos, manzanas, ostras y peces. Las calles tienen un aspecto animado y vivo, que proviene del buen humor de los militares. Cuando estos hombres valientes, bajo la influencia de su espiritual alegría hacen rúbricas en las calles cantando, ofrecen un espectáculo delicioso para el filántropo, sobre todo si consideramos que dan á los chicos de la ciudad una diversión inocente y barata. Nada (añade mister Pickwick) nada iguala á su buen humor. La víspera de mi llegada, uno de ellos había sido groseramente insultado en una posada. La criada se opuso á que bebiera mucho. El soldado por pura diversión sacó su bayoneta y la hirió en el hombro. No obstante, al día siguiente fué por la mañana á la posada y prometió no guardar ninguna clase de rencor, y olvidar lo que había pasado.

El consumo de tabaco debe ser grande en esta ciudad, continúa Pickwick, y el olor de este vegetal, esparcido por todas las calles, debe ser muy delicioso para los fumadores. Un viajero superficial reprobaría tal vez el lodo que caracteriza la viabilidad de aquella gente; pero este lodo ofrece, por el contrario, un verdadero goce á

los que descubren en él señales evidentes de movimiento y prosperidad y comercial.

A las cinco llegó la comida, y llegó el desconocido. Se había desprendido de su paquete, pero no se había verificado ningún cambio en su traje, y desplegabá siempre su locuacidad.

—¿Qué es eso? — preguntó, viendo que el mozo descubría una de las bandejas. — ¡Ah, lenguado! famoso pescado. El lenguado viene de Londres. Los empresarios de diligencias regatean siempre que hay un festín político, por contratar los lenguados... docenas de estos... ¿eh?... un brindis, caballero.

—Con mucho gusto, — dijo Pickwick.

Y el desconocido brindó primero con Pickwick, después con Snodgrass, después con Tupman, después con Winkle, y después con todos colectivamente, y siempre sin dejar de hablar.

—¿Qué bacanal hay en la escalera? Suben sillas, bajan carpinteros, lámparas, vasos... ¿qué es eso, mozo?

—Un baile, caballero.

—¿Un baile por suscripción?

—No señor. Un baile público á beneficio de los pobres.

—Caballero, — dijo Tupman: — ¿sabéis si las mujeres son guapas en este pueblo?

—¡Soberbias, magníficas! Todo el mundo conoce el condado de Kent, célebre por sus manzanas, por sus cerezas y mujeres. Brindemos, caballero.

—Con mucho gusto, — respondió Tupman.

El desconocido llenó su vaso y bebió.

—Tendría mucho gusto en ir á ese baile, — dijo Tupman.

—Tenemos billetes en el comedor, — dijo el mozo, — media guinea cada uno.

Mr. Tupman expresó de nuevo el deseo de ir á aquella fiesta; pero no encontrando respuesta en los ojos oscurecidos de Mr. Snodgrass, ni en la mirada distraída de Mr. Pickwick, se dedicó con nuevo interés al vino de Oporto y al postre que acababan de traer. El mozo se retiró, y nuestros cinco viajeros continuaron saboreando las dos horas de abandono que siguen á la comida.

El vino fué bebido y se pidió más. El visitador habló, los pickwickianos escucharon. Mr. Tupman sentía cada momento más deseos de ir al baile. La cara de Mr. Pickwick brillaba con una expresión de filantropía universal. Mr. Winkle y Snodgrass cayeron en un profundo sueño.

—Ya principian allá arriba, — dijo el desconocido. — Escuchad, templan los violines... ahora el arpa... ya

empiezan.

En efecto, los sonos variados que se oían por la escalera, anunciaban que había principiado el primer rigodón.

—Tendría mucho gusto en ir á ese baile, — dijo Tupman.

—Yo también... ¡maldito equipaje!... el barco se ha retrasado, y no tengo traje que ponerme... ¡es terrible!

Una general benevolencia era el carácter principal de los pickwickianos, y Mr. Tupman estaba dotado de esta cualidad más que otro alguno. Al hojear las actas del club, causa admiración el ver cuantas veces este excelente hombre envió á casa de los demás miembros de la Asociación á los infortunados que se dirigían á él para obtener vestidos viejos ó socorros pecuniarios.

—Tendría mucho gusto en prestaros un traje para esta ocasión, — dijo al desconocido; — pero sois muy delgado y yo soy...

—Bastante grueso... Baco de vuelta... baja del tonel. Fuera los pámpanos... pónese los pantalones. Pasadme el vino.

No podemos decir si Mr. Tupman se indignó por el tono imperioso con que el desconocido le dijo que pasara el vino, que pasaba tan rápidamente por su garnate, ó si se escandalizó justamente de ver que un miembro influente del Club-Pickwick, era comparado á un Baco desmontado; pero después de haber pasado el vino, tosió dos veces y miró durante algunos minutos al desconocido. Sin embargo, como este individuo permanecía en calma ante los ojos de su escrutador, Mr. Tupman disminuyó por grados la intensidad de sus miradas, y principió á hablar otra vez del baile.

—Estaba pensando, caballero, — le dijo, — que mis vestidos deben ser muy anchos para vos. Los de mi amigo Mr. Winkle tal vez os sentarán mejor.

El desconocido midió de una mirada el cuerpo de Mr. Winkle, y exclamó:

—Es verdad, me vendrán perfectamente.

Mr. Tupman miró alrededor suyo. El vino, que había ejercido una influencia soporífica sobre Mr. Snodgrass y Winkle, había también adormecido los sentidos de Mr. Pickwick. Este señor había recorrido sucesivamente las diversas fases que preceden al letargo producido por el vino y la comida. Había experimentado las transformaciones que llevan de la alegría al abismo de la tristeza. Lo mismo que los mecheros de gas de la calle, cuando el viento ha penetrado en el tubo, Mr. Pickwick desplegó por momentos una claridad extraordinaria, y después se fué apagando de tal modo, que apenas se le distinguía. Después de algún tiempo, dió otra vez una

excesiva claridad, después osciló rápidamente, y se apagó al fin. Su cabeza se inclinó hacia el pecho, y un ronquido perpétuo, acompañado de un sordo gruñido, eran las únicas pruebas auxiliares que podrían atestiguar la presencia del grande hombre. Mr. Tupman sentía violentas tentaciones de ir al baile, para poder emitir su opinión sobre las bellezas del condado de Kent. Tenía también tentaciones de llevar consigo al desconocido, porque le oía hablar de los habitantes y de la ciudad, como si hubiera vivido allí desde su nacimiento, mientras él se encontraba allí completamente extraño.

Mr. Winkle dormía profundamente, y mister Tupman tenía mucha experiencia en el estado en que le veía para saber que, siguiendo el curso ordinario de la Naturaleza, su amigo no pensaría en otra cosa al despertar, que en meterse en la cama. Sin embargo, mister Tupman continuaba indeciso.

—Llenad vuestro vaso y pasadme el vino, — dijo el infatigable visitador.

Mr. Tupman hizo lo que el otro le pedía, y el estimulante adicional del último vaso lo determinó.

—La alcoba de Winkle, — dijo al desconocido, — se comunica con la mía; si yo le despertase ahora, no podría hacerle comprender lo que deseo; pero yo sé que hay un vestido completo en su saco de noche. Suponed que os ponéis este vestido para ir al baile, y que os lo quitáis al volver. Yo lo pondré entonces donde estaba sin molestar á mi amigo para nada.

—¡Admirable! — respondió el desconocido. — ¡Famoso plan! Difícil posición... ¡catorce vestidos en mi maleta, y verme obligado á ponerme el de otro!... ¡cosa chistosa!

—Es preciso tomar nuestros billetes, — dijo mister Tupman.

—No vale la pena de cambiar una guinea para esto. Echemos suertes á ver cuál de los dos paga. Lanzad una moneda al aire. Yo soy cruz.

Tiraron una moneda al aire, y después de rodar, se paró, mostrando la cara en su faz superior. Condenado por la suerte Mr. Tupman, tiró de la campanilla, tomó los billetes y pidió una luz. Un cuarto de hora después el desconocido estaba vestido con los despojos de mister Nathaniel Winkle.

—Es un traje nuevo, — dijo Mr. Tupman, — mientras el desconocido se miraba con complacencia. Es el primero que se ha adornado con los botones de nuestro club.

Y entonces hizo notar á su compañero los muchos botones dorados, en los cuales se veían las letras C. P. á un lado y otro del busto de Pickwick.

—C. P., — repitió el extranjero. — Chistosa divisa. El retrato del viejo gordo, ¿qué significan esas letras C. P.? Curioso retrato ¿eh?

Mr. Tupman explicó con gran importancia y una indignación mal comprimida el símbolo místico del Club Pickwick, mientras el desconocido se retorció para poder ver en el espejo la parte posterior del vestido, cuyo talle le llegaba por mitad de la espalda.

—Un poco corto de talle, ¿no es cierto? Como los trajes de los carteros. Graciosos vestidos hechos por empresa y sin medida... misteriosos designios de la Providencia: á todos los pequeños, vestidos grandes; á todos los grandes, vestidos pequeños.

Hablando así, el nuevo compañero de Mr. Tupman acabó de ajustar su vestido, ó mejor el de Mr. Winkle. Poco después los dos aficionados á las fiestas subían la escalera.

—¿Qué nombres, señores? — dijo un hombre que estaba en la puerta. Mr. Tupman se avanzó para decir sus títulos y cualidades, cuando el desconocido le detuvo, diciendo:

—No es preciso nombre.

Y murmuró al oído de Mr. Tupman: los nombres no valen de nada... desconocidos, excelentes nombres en su clase, pero no ilustres... famosos nombres en una pequeña reunión... pero que no harían efecto entre una gran sociedad. Incógnito, es lo mejor... caballero de Londres, nobles extranjeros. No es preciso más.

La puerta se abrió al sonar con voz fuerte aquellas últimas palabras, y Mr. Tupman entró en la sala de baile con el desconocido.

Era una habitación ancha, rodeada de banquetas carmesí, y alumbrada por bujías colocadas en arañas de cristal. Los músicos estaban colocados sobre un tablado, y tres ó cuatro cuadrillas se mezclaban y se separaban de una manera científica. En una pieza contigua se veían dos mesas de juego, sobre las cuales se entretenían gravemente al whist cuatro viejas con igual número de caballeros.

El rigodón terminó, y los danzantes se pasearon por el salón. Nuestros dos compañeros se plantaron en un rincón, para observar la compañía.

—¡Mujeres divinas! — suspiró Tupman.

—Esperad un instante. Vais á ver en seguida. Los pesados gorros no han venido todavía. Los altos funcionarios de marina no hablan con los pequeños empleados; los pequeños empleados no hablan con los individuos de la clase media; los individuos de la clase media no hablan con los comerciantes; el comisario del gobierno no habla con nadie.